

«Cautivadora.»  
*Library Journal*

«Totalmente fascinante.»  
*Esquire*

# VIENTOS DE TRAICIÓN

CHRISTINE MANGAN

CHRISTINE MANGAN

# VIENTOS DE TRAICIÓN

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

Título original: *Tangerine*

© Christine Mangan, 2018

© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2018

ISBN: 978-84-08-18341-9

Depósito legal: B. 3.822-2018

Composición: Pleca Digital, S. L. U.

Impresión y encuadernación: Rotapapel, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

# ALICE



Los martes eran días de mercado.

No solo para mí, sino para la ciudad entera, y las rifeñas desfilaban montaña abajo, proclamando su comienzo, con los cestos y las carretas rebosantes de frutas y verduras, flanqueadas por burros a ambos lados. En respuesta, Tánger cobraba vida: emergían multitudes, las calles se inundaban de hombres y mujeres, forasteros y lugareños por igual, señalando y pidiendo, discutiendo y regateando, cambiando moneda por un poco de esto y un poco de aquello. En esos días, el sol parecía brillar más, calentar más, y su intensidad me abrasaba la nuca.

De pie junto a la ventana, contemplando desde arriba la creciente muchedumbre, deseé para mis adentros que todavía fuese lunes, aun sabiendo que no era más que una vana esperanza, un consuelo, porque llegaría otra vez el

martes y tendría que sumergirme de nuevo en la vorágine que se gestaba en las calles, plantarme delante de esas rifeñas impresionantes, adornadas con colores vivos y llamativos, y dejar que me miraran de arriba abajo el vestido, soso, corriente y en absoluto comparable a los suyos, presa de la preocupación, la de pensar que podría pagar un precio desorbitado sin saberlo, equivocarme de moneda, confundirme de palabras; que me pondría en ridículo y se reirían todas, y quedaría patente el error que había cometido al mudarme allí.

Marruecos. El nombre evocaba una nada extensa y desértica, un sol rojo y abrasador. La primera vez que John me lo mencionó, estuve a punto de atragantarme con la bebida que acababa de traerme. Nos conocimos en el Ritz, en Picadilly, a instancias de tía Maude, cuya insistencia, a mi regreso del Bennington College, fue como una jaqueca de esas que uno no consigue quitarse. Hacía solo unos meses que había vuelto a Inglaterra, menos aún los que conocía a John, pero en ese momento lo vi claro: su entusiasmo, su fervor, nos envolvían e impregnaban el cálido aire estival. Me incliné hacia delante, deseosa de atraparlos, de afeerrarlos a ellos, de hacerlos míos, y dejé que la idea calase entre los dos. África. Marruecos. Unas semanas antes me habría plantado, quizá una semana después solo me habría reído, pero ese día, en ese preciso momento, al oír las palabras de John, sus promesas, sus sueños, me parecieron demasiado reales, demasiado alcanzables. Por primera vez desde Vermont, me sorprendí deseando algo, aunque no sabía muy bien qué, y era probable que ni siquiera fuese el hombre que tenía delante. Le di un sorbo al cóctel que él me había pedido; el champán ya estaba caliente, había per-

dido las burbujas, y me supo ácido en la lengua y en el estómago. Alargué el brazo, antes de que me diera tiempo a arrepentirme, y le cogí con fuerza la mano.

Porque, aunque John McAllister no era ni mucho menos el hombre de mis sueños —era bullicioso y sociable, impetuoso y a menudo imprudente—, me imaginé de pronto disfrutando de la oportunidad que me brindaba: la de olvidar, la de dejar atrás el pasado.

La de no pensar cada segundo del día en lo sucedido en las frías e invernales Montañas Verdes de Vermont.

Había pasado ya más de un año y aún me encontraba inmersa en una densa bruma de la que no lograba escapar, por más que recorriera el laberinto. «Mejor así», me dijo mi tía cuando le hablé de la nebulosa que envolvía mis recuerdos, y le expliqué que ya no recordaba los pormenores de aquella noche horrenda ni los días posteriores. Me instó a que lo olvidara todo, como si los recuerdos pudieran guardarse en cajas seguras con la certeza de que jamás revelarían sus secretos.

Y, en cierto modo, lo había hecho: había cerrado los ojos al pasado, los había abierto a John, a Tánger, al sol abrasador de Marruecos. A la aventura que me había prometido, con su proposición y su anillo, aunque sin ceremonia, solo un papel firmado.

—¡Cómo vamos a casarnos si apenas nos conocemos!  
—protesté al principio.

—Claro que nos conocemos —me aseguró—. Tu familia prácticamente está emparentada con la mía. En todo caso, nos conocemos demasiado.

Rio y me dedicó aquella sonrisa perversa.

No cambiaría de apellido, en eso fui inflexible. Con todo lo que había pasado, me parecía importante conservar parte de mí misma, de mi familia. Y había algo más, algo que me costaba explicar, que ni yo entendía: aunque la custodia de mi tía, en principio, se extinguiera en cuanto yo contrajese matrimonio, ella seguiría siendo la administradora de mi fideicomiso hasta que cumplierse veintiún años, momento en que el patrimonio de mis padres por fin pasaría a mis manos. Me abrumaba la idea de estar cubierta por parte doble, por eso mi pasaporte seguía estando a nombre de Alice Shipley.

Y, al principio, me dije que Tánger no sería tan terrible. Imaginé que los días transcurrirían jugando al tenis bajo el intenso sol marroquí, que un equipo de criados nos lo pondría todo en bandeja, que seríamos miembros de diversos clubes privados por toda la ciudad. Había vidas peores, lo sabía. Pero John quería experimentar el auténtico Marruecos, la auténtica Tánger. Así que, mientras sus socios contrataban criados marroquíes baratos y las esposas de estos se pasaban el día tiradas en la piscina u organizando fiestas, John evitaba todo eso. Su amigo Charlie y él callejeaban por la ciudad y ocupaban las horas en los baños turcos, en los mercados o fumando hachís en los cuartitos oscuros de los cafés, procurando siempre ganarse las simpatías de los tangerinos en lugar de las de sus colegas y compatriotas. Charlie había sido quien había convencido a John para que fuera a Tánger, acosándolo con relatos del país, de su belleza, de su desgobierno, hasta que estuvo medio enamorado de un lugar que nunca había visto. Y yo hice todo lo posible por igualar su entusiasmo. Iba con él a los mercadillos en

busca de muebles, a los zocos a comprar la cena. Me sentaba a su lado en las terrazas, sorbía cafés *au lait* e intentaba reescribir mi futuro en aquella ciudad calurosa y polvorienta que a él lo había hechizado a la primera pero que aún no había logrado conquistarme a mí.

Entonces tuvo lugar el incidente del mercadillo.

En medio de la frenética pugna entre vendedores ambulantes y puestecillos, de la anarquía de antigüedades y baratijas apiladas sin concierto, despreocupadamente, una capa sobre otra, me volví y no vi a John. Mientras estaba allí parada, zarandeada por los desconocidos que circulaban en ambas direcciones, empezaron a sudarme las manos, signo inequívoco de ansiedad, y comencé a ver sombras con el rabillo del ojo, esas tenues y extrañas apariciones que para los médicos eran imaginarias pero que a mí me parecían reales, viscerales, tangibles, tanto que creía verlas crecer hasta que sus formas oscuras inundaban por completo mi visión. En ese momento se me pasó por la cabeza lo lejos que estaba de casa, de la vida que había imaginado para mí.

Cuando más tarde lo hablé con John, rio e insistió en que se había ausentado solo un minuto, pero la siguiente vez que me propuso salir negué con la cabeza y la siguiente después de esa busqué otra excusa. En su lugar, pasaba las horas —muchas, solitarias y aburridas— explorando Tánger desde la comodidad de nuestro apartamento. Tras la primera semana, ya sabía cuántos pasos había de un extremo a otro: cuarenta y cinco, a veces más, dependiendo de la zancada.

Con el tiempo, empecé a notar que el arrepentimiento de John se cernía sobre nosotros, que aumentaba, que nuestras conversaciones se limitaban a cuestiones prácti-



cas, económicas, siendo mi asignación nuestro principal sustento monetario. A John no se le daba bien el dinero, me lo dijo una vez con una sonrisa, y yo sonreí también, pensando que se refería a que le daba igual, que no le quitaba el sueño. No tardé en descubrir que lo que quería decir era que la fortuna de su familia casi había desaparecido, que quedaba lo justo para que fuera bien vestido, para que pudiese seguir fingiendo que aún poseía la riqueza que en su día había tenido, con la que había nacido y que continuaba considerando legítimamente suya. Un espejismo, comprendí enseguida. Así que todas las semanas le entregaba mi asignación, sin que me importase, en realidad, en qué la malgastaba.

Y cada mes John volvía a perderse en aquella ciudad misteriosa a la que amaba con una intensidad que se me hacía incomprensible, explorando él solo sus secretos, mientras yo me quedaba en casa, captora y cautiva a la vez.

Miré el reloj y fruncí el ceño. Apenas eran las ocho y media cuando lo había mirado por última vez, pero las manillas avanzaban ya decididas hacia el mediodía. Maldije y me acerqué deprisa a la cama, a la ropa que había extendido allí esa mañana, antes de perder todas las horas transcurridas entre medias. Porque ese día le había prometido a John que iría al mercado, ese día me había prometido a mí misma que lo intentaría. Contemplé entonces mi atuendo, la semblanza de una mujer corriente a punto de hacer la compra de la semana: medias, zapatos y un vestido que había adquirido en Inglaterra poco antes de mudarme a Tángen.

Cuando me metía el vestido por la cabeza, detecté un pequeño desgarró en la pechera, donde el encaje desembo-

caba en el cuello. Lo miré molesta y me lo acerqué a la cara para inspeccionarlo, procurando no temblar al ver el tejido dañado, diciéndome que no era una señal, que no era un mal presagio, que no significaba nada en absoluto.

De pronto me pareció que hacía demasiado calor en la habitación y salí al balcón; necesitaba liberarme de sus imponentes paredes. Cerré los ojos, desesperada por notar la más mínima brisa, y esperé. Pero no sentí nada, salvo la opresión del calor árido e inmóvil de Tánger.

Pasó un minuto, luego otro y, en el silencio, mientras escuchaba con atención el silbido regular de mi respiración, me sentí observada. Al abrir los ojos, lancé una mirada precipitada a la calle. No había nadie. Solo un puñado de tangerinos que se dirigían al mercado, con prisa, porque se acercaba la hora del cierre.

—Cálmate —susurré, volviendo a la seguridad del apartamento.

Aun así, cerré resuelta el balcón, con el corazón alborotado. Al mirar el reloj, vi que era ya la una y media. El mercado podía esperar.

Tendría que esperar, me dije mientras corría las cortinas con manos temblorosas para que no entrara ni una gota de sol.